

Panel: IDEOLOGIAS E IZQUIERDAS EN AMERICA LATINA

Ponencia: Partidos comunistas en Latinoamérica: replanteos sobre la espacialidad en el abordaje historiográfico de los comunismos en la región

Laura Prado Acosta¹

Espacialidades: repensar el espacio: comunismo en el Cono Sur

“La mitología occidental atribuye al mundo comunista la alteridad de un planeta: la URSS es un mundo intermedio entre la Tierra y Marte.”

Roland Barthes, *Mitologías* (1957)

Al igual que el recorte temporal, las decisiones en torno al marco geográfico o espacial afectan el tipo de preguntas y problemas que podrán ser abordadas en una investigación. Estas elecciones conllevan hipótesis, que en muchos casos permanecen implícitas, y que se transmiten al conjunto de la pesquisa. Si bien está consensuado que al abordar al comunismo como objeto de estudio es preciso atender a su dimensión internacionalista, pueden plantearse, sin embargo, diferentes formas o estrategias para indagar su funcionamiento transnacional. Algunos trabajos se han centrado, específicamente, en el estudio de la relación de los PPCC nacionales con ese “centro” que fue la URSS o con los PPCC europeos “faros”, como el francés o el italiano². Otros han centrado su interés en la trama de agentes enviados por la URSS o en el “oro de Moscú”, y en las implicancias de un movimiento político adscripto a una organización internacional³.

¹ Laura Prado Acosta es doctoranda en Ciencias Sociales, por la Universidad de Buenos Aires. Profesora en la Universidad Arturo Jauretche, miembro del Centro de historia intelectual de la Universidad

² Por ejemplo, Augusto Piemonte, “La política cultural del Partido Comunista de la Argentina durante el tercer período y el problema de su autonomía respecto del Partido Comunista de la Unión Soviética”, *Revista Izquierdas*, n° 15, Santiago de Chile, 2013; Adriana Petra, “El momento peninsular. La cultura italiana de posguerra y los intelectuales comunistas argentinos”, *Revista izquierdas*, n° 10, Santiago de Chile, 2010.

³ Isidoro Gilbert, *El oro de Moscú*, Sudamericana, Buenos Aires, 1994; Olga Ulianova, “Develando un mito: emisarios de la internacional comunista en Chile”, en *Historia*, n° 41, Chile, enero-junio 2008, pp. 99-164.

Puede observarse que la atención a la trama de relaciones con la URSS ha tendido a borrar aquello que estuvo más allá de la “sujeción periférica” al *Komintern* o IC. Sin embargo, es desde estos estudios sobre ese entramado de agentes que surge un punto señalado por la historiadora Olga Ulianova:

Los “delegados” de la Internacional en Chile, de los cuales el PCCh mantiene la memoria, son militantes comunistas argentinos. Más aun, en estos primeros casos [años veinte] se trata de delegados obreros, de origen criollo y de perfil social, humano y cultural muy similar a los fundadores del PC chileno. Si bien, a diferencia de los chilenos, ya tienen contactos directos con la Internacional e incluso viajan a Moscú.⁴

Esto indica que, desde sus orígenes, el comunismo en Sudamérica funcionó de manera transnacional, pero no sólo a partir de una sujeción a la URSS sino también a partir de otra trama de vínculos, intrarregionales, que ha sido menos explorada por la historiografía⁵. Pueden considerarse como ejemplos de este entramado la ya mencionada presencia de Recabarren en el momento de origen del PC argentino, o del militante comunista argentino Juan Greco en la fundación del PC chileno y en la del PC en Uruguay; o los numerosos viajes de Rodolfo Ghioldi a Brasil para apoyar y promover la fundación del PC brasileño y uruguayo, entre muchos otros “cruces”.

En este caso, la propuesta de adoptar un recorte espacial regional se relaciona con el objeto de estudio de la investigación que se orienta a indagar en una “geografía de la cultura”, en la que se analizan las interacciones, intercambios, proyectos culturales y las rutas de agentes, de ideas y obras⁶. Desde esta perspectiva se busca enfocar en nuevas facetas de la historia del comunismo, teniendo en cuenta que ocuparse de aquellas experiencias del Cono Sur, plasmadas en una serie de revistas, asociaciones y viajes no implica desatender ni la influencia de procesos externos —tanto soviéticos como europeos— ni la historia nacional de cada uno de los países estudiados. No obstante, el centro de atención estará puesto, por un lado, en las conexiones y circulaciones de figuras de artistas e intelectuales ligadas a los PPCC del Cono Sur, y, por otro, en la forma que adoptaron los debates del comunismo en estas “periferias”.

⁴ Ulianova, ob. cit., p. 112.

⁵ Algunas excepciones, Elvira Concheiro, Massimo Modonesi, Horacio Crespo (coords.), *El comunismo, otras miradas desde América Latina*, CEIICH-UNAM, México, 2007; Fábio da Silva Souza “Dos e para operários. Questões metodológicas de pesquisa em jornais comunistas (El Machete e A Classe Operária)”, *Revista de História Comparada*, volumen 6, n° 2, Río de Janeiro, 2012.

⁶ Véanse las propuestas de Gustavo Sorá, Ana Clarisa Agüero y Diego García, en el prólogo de *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, Al margen, La Plata, 2010.

En la mayoría de las investigaciones en ciencias sociales se ha naturalizado que, a la hora de elegir el marco espacial de una investigación, las fronteras nacionales son las más apropiadas para nuestros objetos de estudio. Según el Informe de la Comisión Gulbenkian, este hecho se relaciona íntimamente con el rol de los estados nacionales en la conformación de los espacios académicos⁷. Este vínculo habría propiciado una configuración académica compartimentada que dificultó el diálogo interdisciplinario y dejó bajo un “relativo descuido” el tratamiento del espacio y el lugar y, con él, la exploración de la comparación y la reflexión sobre el ámbito regional (espacios supranacionales) y sobre los ámbitos interiores (espacios provinciales, barriales). Así, adhiriendo a una definición nacional con sus fronteras como verdaderos límites, se plasmó un ideal de sociedad y de cultura nacional a modo de espacios completos.

En los últimos años, la historia intelectual ha reflexionado sobre la necesidad de replantear este enfoque espacial. En este sentido ha buscado integrar la dimensión transnacional como una variable explicativa de los fenómenos culturales e intelectuales. En la Argentina, Carlos Altamirano y Jorge Myers, en su *Historia de los intelectuales en América Latina*, repusieron una mirada integral de los recorridos intelectuales del subcontinente⁸. Señalaron que, si bien en sus orígenes la vida intelectual corrió predominantemente por cauces nacionales, durante el siglo XX “en determinados momentos América Latina casi funcionó como una sola arena entre cultural y política”⁹. Este planteo indica que hubo dimensiones del espacio latinoamericano que se concibieron y forjaron de manera transnacional, tanto por las influencias de las miradas externas —en especial europeas o norteamericanas— como por los vínculos intrarregionales, en el entramado de circulaciones entre los países de la región. También desde la sociología histórica, Waldo Ansaldi y Verónica Giordano han emprendido un estudio de largo aliento en el que se plantearon la necesidad de indagar un espacio regional y establecer problemas sobre la comparabilidad de los casos nacionales¹⁰, retomando la larga tradición de estudios sobre el problema Latinoamericano, formaron espacios de reflexión académicas orientados a fortalecer esa perspectiva.

⁷ Immanuel Wallerstein (coord.), *Abrir las ciencias sociales, Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, Siglo XXI, México, 2006, p. 29.

⁸ Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina, tomo II, Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Katz, Buenos Aires, 2010; Jorge Myers (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina, tomo I, La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Katz, Buenos Aires, 2008.

⁹ Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina, tomo II*, ob. cit., p. 12.

¹⁰ Waldo Ansaldi y Verónica Giordano, *América Latina. La construcción del orden. De la colonia a la disolución de la dominación oligárquica*, Ariel, Buenos Aires, 2012.

Estas miradas de los espacios regionales se enriquecen cuando dialogan con los estudios sobre culturas interiores, que aportan una mirada transnacional intranacional¹¹. Ana Teresa Martínez, al indagar en las características de los intelectuales de provincia y de pueblo, señaló la necesidad de pensar un tipo de espacio social e históricamente construido, en el que la compleja articulación “centro-periferia” se comprenda a la luz de sus múltiples formas y sentidos. De acuerdo con la autora, de esa manera se evitan deslizamientos semánticos en los que muchas veces se pierde el núcleo de los problemas que convocaban a los intelectuales que investigamos. Martínez sugiere que los indicios y huellas del *sentido* de los textos y los contextos deben construir un *locus* o espacio cualitativo¹².

En conjunto, estas perspectivas consideran que la circulación de ideas, libros y personas, y la articulación entre lo local y lo extranjero, son factores constitutivos e insoslayables para la comprensión de los fenómenos culturales. En este sentido plantean que si bien el ámbito nacional fue uno de los espacios de pertenencia, no fue el único. En consonancia, la historia de los emprendimientos culturales ligados al comunismo es un caso en el que el marco espacial nacional entra en tensión. Del análisis de las fuentes primarias surge la necesidad de definir una espacialidad acorde a sus recorridos e interacciones específicas. Las perspectivas de estudios transnacionales y el uso (libre) de herramientas metodológicas de la sociología de los intelectuales y la cultura, junto con la nueva historia intelectual, han abierto un camino en este sentido.

En estas áreas disciplinares se ha producido una renovación de los modos de estudiar los desarrollos intelectuales. A la historia tradicional de las ideas se sumó el análisis de otra serie de factores que provocan efectos significativos en esas ideas, conceptos y lenguajes políticos. Entre estos factores se encuentran las intermediaciones producidas por el mundo de las traducciones, las ediciones, las revistas culturales, el libro como objeto, los agentes encargados de difundir esos libros, etcétera. que permiten incorporar al análisis los mecanismos a través de los cuales circulan las ideas y cómo, al circular, se resignifican. Así, un autor y un sistema de ideas no están aislados del entramado de agentes receptores y difusores que, muchas veces, encuentran en ellos una fuente de legitimación para posicionarse en los campos intelectuales a los que

¹¹Véase Ana Clarisa Agüero y Diego García, *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, Al margen, La Plata, 2010.

¹² Ana Teresa Martínez, “Intelectuales de provincia: entre lo local y lo periférico”, en *Prismas, revista de historia intelectual*, n° 17, UNQ, Bernal, 2013, pp. 169-180.

pertenecen. De modo que hay poco de azar e ingenuidad en estos procesos y bastante de estrategias intelectuales, operaciones activas y cuestiones de poder¹³.

Este “giro material” de la nueva historia intelectual ofrece una vía metodológica para atender la complejidad de las concepciones espaciales comunistas en su ámbito cultural. El flujo de ideas, los recorridos de autores, las traducciones, la formación de agrupaciones culturales-politizadas, las publicaciones y los viajes son huellas de las interacciones que dieron forma a la cultura comunista. De este entramado relativo a la circulación, a lo largo de esta investigación se indagará en determinados *espacios* y *episodios* que se consideran significativos e intensos: en particular, pueden mencionarse las visitas de artistas, los exilios, las instituciones y Congresos nucleadores de intelectuales, escritores, artistas, así como las participaciones cruzadas en publicaciones periódicas, que funcionaron como canales para intercambios regionales.

Problematizar el internacionalismo

Una clave relativa al *locus* de la cultura comunista es, como se ha señalado, su internacionalismo. Dado que se trató de un fenómeno con distintas facetas, es preciso distinguir al menos dos cuestiones. En primer lugar, el internacionalismo como *idea* a través de la cual los sujetos se identificaron con un movimiento político-cultural que los trascendía. En segundo lugar, el internacionalismo se vinculó al *funcionamiento efectivo* de una organización política que se disponía a intervenir activamente en todos los escenarios posibles. En consonancia con sus objetivos, las implantaciones espaciales comunistas fueron diversas y articuladas: desde la fábrica o el barrio hasta los comités provinciales, nacionales, regionales, internacionales. Estos espacios fueron, además, difusos: de la tercera Internacional Comunista a la “célula”, la trama resulta, muchas veces, inextricable. En definitiva, las facetas del internacionalismo forman un nudo que requiere de estrategias y elecciones analítico-metodológicas para abordarlo.

En su ya clásico estudio sobre la Internacional Comunista, Manuel Caballero ha destacado que para el comunismo el internacionalismo fue una *differentia specifica*¹⁴,

¹³ Véase Pierre Bourdieu, “Las condiciones sociales de la circulación de ideas”, en *Intelectuales, política y poder*, Eudeba, Buenos Aires, 2000; Carlos Altamirano, “Elites culturales en el siglo XX latinoamericano”, en *Historia de los intelectuales en América Latina, tomo II*, ob. cit.; Gisele Sapiro, “El espacio intelectual en Europa entre los siglos XIX y XXI”, en *Políticas de la memoria*, Nos. 10/11/12, Cedinci, Buenos Aires, 2011. Estos temas han sido abordados en el seminario de doctorado dictado por Martín Bergel y Alejandro Dujovne “La perspectiva transnacional en la historia y la sociología de los intelectuales y la cultura. Enfoques teóricos y metodológicos” (Cedinci/ Unsam), agradezco a ambos profesores por los aportes.

un elemento identificador, dador de fortaleza y sentido. Buena parte del “carisma” o del atractivo del comunismo provino de su condición internacionalista. En esa organización internacional, cada región ocuparía un rol en el camino hacia la revolución mundial. Según el análisis de Caballero, el rol de Latinoamérica fue el de apoyar las revoluciones en el centro del sistema comunista:

Los leninistas latinoamericanos estaban destinados a jugar el papel de “apoyo” de la revolución mundial, apuntalar las luchas de las clases obreras revolucionarias de Europa y Asia. Si Moscú era el centro de la revolución mundial, Latinoamérica era la periferia extrema, tal vez con la única excepción del África. En la estructura piramidal que mundialmente tenía el Comintern, América Latina estaba situada muy abajo.¹⁵

Se toma esta imagen descripta por Caballero porque ella perduró en el sentido común y en muchos estudios historiográficos: la pirámide con centro en Moscú, y Latinoamérica como periferia extrema. La imagen suele estar acompañada por la idea de que la URSS ejerció un dominio “total” sobre los partidos nacionales. Sin ser inválido el razonamiento, resulta insuficiente a la hora de analizar la composición del entramado cultural comunista, por ejemplo, en el Cono Sur. No se niega aquí la existencia de una trama de dominio soviético, sino que se pregunta por la forma histórica que ésta adoptó y se indaga en los modos en que los actores locales se incorporaron a esa relación. En definitiva, se propone atender a aquello que hubo *además* del dominio soviético. Para ello será fundamental el apego al análisis de las fuentes documentales.

Sin dudas, se admiraba el proceso soviético y efectivamente Moscú fue un centro del comunismo internacional. Sin embargo, en muchos casos, en especial en el plano de los debates y prácticas culturales, el control por parte de Moscú resultó impracticable (o fue realizado por “agentes” intermediadores locales que, como vimos en el caso de Ghioldi, redactaban los informes y los enviaban hacia Moscú). En este sentido, para repensar la espacialidad de la cultura comunista se propone la imagen de redes esparaveles, por sobre la de la pirámide¹⁶. Con fines analíticos y no taxativos se distinguen tres grupos de PPCC nacionales, que pertenecerían a redes diferentes: primero, aquel grupo en el que los PPCC controlaron el aparato del estado (URSS,

¹⁴ Así definía Manuel Caballero la cualidad internacionalista de los Partidos Comunistas, en *La internacional comunista y la revolución latinoamericana, 1919-1943*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1987.

¹⁵ Manuel Caballero, *La internacional comunista y la revolución latinoamericana*, ob. cit., pp. 15 y 16.

¹⁶ Esparavel: Red redonda para pescar, que se arroja a fuerza de brazo en los ríos y parajes de poco fondo.

Europa Oriental, China, etc.); segundo, aquel en el que fueron estructuras con relativo poder político-cultural, con llegada a las masas (como los de Francia e Italia); y, por último, aquel en el que, en general, fueron perseguidos por las autoridades estatales, sin una posición dominante en sus respectivos campos culturales (como los sudamericanos).

Se sostendrá que el conjunto, o red, sudamericano se remitía a Moscú pero que, al menos en el plano cultural e intelectual, los contactos se produjeron a través de *mediaciones* (en las que se destaca el rol de los PPCC de Francia, Italia y también Estados Unidos) y contuvieron tanto reproducciones como elusiones y distorsiones. A la vez que se buscó sostener lineamientos soviéticos, se produjeron reflexiones y debates relativos a las propias condiciones de partidos insertos en un contexto no-socialista. La distinción en tres zonas busca contemplar características específicas, sin olvidar que estuvieron fluidamente articuladas por viajes y contactos diversos. En síntesis, se considera inconducente analizar con el mismo prisma episodios y debates ocurridos en los países donde el PC fue gobierno y controló los aparatos represivos¹⁷, que allí donde se los reprimió y prohibió.

La distinción analítica propuesta busca delinear un *locus* centrado en el subconjunto que conformaron los PPCC del Cono Sur. No se trata de esencializar “lo sudamericano”, sino entender que ésta fue, por un lado, una categoría nativa, ya que algunas de sus más destacadas figuras pensaron su accionar a través de esa pertenencia: “nosotros los sudamericanos”¹⁸, así como “nosotros los países semi-coloniales”; y además, fue un término usado en el ámbito institucional del Secretariado Sudamericano de la IC (SSA). Asimismo, la elección del Cono Sur eje espacial de la investigación no se orienta a abarcar la totalidad del territorio sino abordar problemas y preguntas sobre las condiciones de esos comunistas en la región. Así, el punto de miras regional no es excluyente, como se verá, sino compatible y complementario de los estudios culturales nacionales.

Usos y problemas de la noción de región

¹⁷ Véase para ello Boris Kagarlitsky, *Los intelectuales y el estado soviético, de 1917 al presente*, Prometeo, Buenos Aires, 2005.

¹⁸ Enrique Amorim en carta a Héctor Agosti, *Los infortunios de la realidad (en torno a la correspondencia con Enrique Amorim)*, sin datos, p. 49.

Para estudiar las circulaciones y cooperaciones del ámbito de la cultura comunista no se buscará explorar de manera exhaustiva el territorio sudamericano sino entender las lógicas de los encuentros y proyectos culturales conjuntos que se produjeron en ese espacio. La elección de esta perspectiva se debe a que nos permite, como lo ha señalado Diego Galeano:

Trabajar con unidades a la vez más amplias y más estrechas que las de la historiografía que compara “casos nacionales”. Más amplias, porque envuelven algo más que un Estado nación; más estrechas, porque no abarcan *a priori* la totalidad del territorio de un país, sino las zonas concretamente involucradas en los intercambios, cruces y conexiones transnacionales.¹⁹

Esta posibilidad de traspasar los bordes de un Estado nacional y asumir que las unidades de estudio son complejas y permeables se abre también cuando recurrimos a la herramienta comparativa. El norteamericano Charles Tilly, desde el campo de la sociología histórica, ha realizado un exhaustivo estudio de los usos del método comparativo, en particular, en Reinhard Bendix, Theda Skocpol, Barrington Moore, Stein Rokkan, Eric Wolf, André Gunder Frank e Immanuel Wallerstein. En *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*²⁰, clasificó diferentes estrategias comparativas, señalando cuatro tipos ideales, que en la práctica se combinan y articulan:

1) la comparación *individualizadora*, en la que se busca primordialmente resaltar las peculiaridades de un caso y establecer lo significativo de esa particularidad con respeto a otros casos

2) la *universalizadora*, que centra su atención en explicar por qué cada uno de los casos sigue una misma regla, un mismo patrón de comportamiento

3) la *identificadora de la diferencia*, en la que se indagan las características e intensidades de un fenómeno examinando el “principio de variación” al que responde

4) la *globalizadora*, que “coloca distintos casos en distintos puntos del mismo sistema, y con ello intenta explicar sus características como una función de sus relaciones variables con el sistema como un todo”²¹.

Más allá de la utilidad de esta clasificación, el mayor aporte de Tilly ha sido resaltar la importancia de la reflexión sobre la “comparabilidad” de esos casos, es decir, definir en qué medida y por qué las unidades pueden ser comparables, y trazar sus lazos

¹⁹ Diego Galeano, “Introducción”, *Ladrones Viajeros. Delito transnacional y circulaciones policiales en el atlántico sudamericano, 1890-1930*, mimeo.

²⁰ Charles Tilly, *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Alianza, Madrid, 1991 (1984).

²¹ Charles Tilly, ob. cit., p. 106.

de unión. En definitiva, se trata de definir principios de causalidad comunes, determinantes esenciales, con la intención de contribuir a la inteligibilidad de un fenómeno. El énfasis principal reside en lograr articular la argumentación y el estudio de casos.

En relación con el tratamiento del espacio y el lugar que adoptaron las ciencias sociales, Tilly observó que los geógrafos demostraron que, frente al concepto de frontera, existen multiplicidad de contornos, lazos, viajes, interdependencias, que se evidencian en las cadenas migratorias, en los circuitos comerciales, y también en la historia intelectual. En este sentido, el autor resaltó la pertinencia del concepto de *región* al ser más apropiado para analizar la complejidad, el movimiento, los entramados, las porosidades, vinculados a los casos históricos concretos²².

Como lo señaló Marc Bloch, “no hay verdadero conocimiento si no se tiene una escala de comparación. A condición, claro está, de que se haga una aproximación entre realidades a la vez diversas y, por tanto, emparentadas”²³, debe resaltarse, sin embargo, que tanto la perspectiva transnacional como la comparativa sólo son vehículos para plantear problemas de investigación, y no un fin en sí mismas. Bloch destacó acertadamente que la operación gnoseológica de la comparación es constitutiva de la práctica historiográfica y del pensamiento científico. No obstante al indagar en el comparativismo como problema, deben advertirse los riesgos de emprender un estudio de este tipo, entre ellos, crear unidades de análisis fantasmagóricas, diluir las diferencias y especificidades, o definir el objeto de estudio desde lo imaginario²⁴.

Estos escollos intentaron ser superados por quienes proponen una historia cruzada (*histoire croisée*) y una historia conectada (*connected histories*), que, a diferencia de las perspectivas comparativas tradicionales, no establecen un paralelo entre dos o más unidades de análisis sino que ponen el foco en la interconectividad en sí misma. Desde *École des hautes études en sciences sociales* (EHESS), Michael Werner y Bénédicte Zimmermann han propuesto la denominación de historia cruzada para examinar los procesos de intercambios, atendiendo específicamente a las escalas de la comparación, las categorías de análisis y las relaciones entre lo diacrónico y lo

²² Sobre regionalización véase también Anthony Giddens, “Time, Space and Regionalisation”, en Gregory Derek y John Urry (Eds.), *Social Relations and Spatial Structures*, Macmillan, Londres, 1985.

²³ Marc Bloch, *Introducción a la historia*, Fondo de cultura económica, Buenos Aires, 1957, p.37.

²⁴ Adrián Gorelik, “El comparatismo como problema: una introducción”, (Dossier), *Prismas revista de historia intelectual*, n° 8, UNQ, Bernal, 2004.

sincrónico²⁵. Esta perspectiva ofrece herramientas analíticas que retoman la noción de región como una de las escalas posibles. Sin absolutizar las categorías y parámetros, los autores tienen en cuenta que esta estrategia analítica está históricamente constituida y situada, es por ello que atienden especialmente a la relación entre el investigador y su objeto de estudio. La historia de los cruces, de las áreas de contacto, de la forma en que se modifican recíprocamente las historias de quienes participan en las interacciones, rechaza la asunción de que existen unidades de análisis estables listas para ser comparadas. En cambio, observa la existencia de circuitos, movimientos entre varios puntos y en diferentes direcciones. En definitiva, su objeto de estudio son los fenómenos de interacción dinámica que generan efectos significativos²⁶; en este sentido, la presente investigación retoma algunos de sus postulados y busca atender a las problemáticas puntualizadas por esta perspectiva.

En efecto, estos autores retoman una vieja búsqueda de la historiografía francesa que se remonta a la escuela de los *Annales* y tuvo en Fernand Braudel a uno de sus más importantes exponentes. La preocupación por indagar en las implicancias y efectos que conlleva la elección del marco espacial en una investigación histórica también es el motivo de la propuesta de Sanjay Subrahmanyam y la historia conectada²⁷. Crítico de las concepciones braudelianas sobre el espacio mediterráneo, Subrahmanyam recuperó ese interés por “jugar” con las relaciones entre lo mundial, lo nacional y lo regional. A partir de su estudio sobre la India y el sudeste asiático en la modernidad temprana, el autor señala, especialmente con relación al plano de las ideas, ideologías, sensibilidades o *mental constructions*, que debe tenerse en cuenta la fluidez de las fronteras geopolíticas. Se distancia de la historia comparada pues prefiere evitar plantear unidades históricas separadas y comparables, en cambio propone “historias conectadas”²⁸, que indaguen específicamente el tejido de interacciones e interfaces entre lo local y lo regional. Estas permeabilidades conforman lo que el autor llamó *cultural zones*.

²⁵ Michael Werner y Bénédicte Zimmermann, “Beyond comparison: *Histoire croisée* and the challenge of reflexivity”, *History and Theory*, No 45, Wesleyan University, 2006.

²⁶ “Such approach [*histoire croisée*] raises the problem of spatial and temporal units of analysis, and of choosing them depending on the object and the adopted point of view. To approach the question of scales both as a dimension intrinsic to the object and as a cognitive and methodological option chosen by the researcher implies a break with a logic of pre-existing scales to be used ‘off the shelf,’ as is often the case for national studies or for the major dates in the chronology of politics, that are relied on as natural frameworks of analysis, defined independently of the object.” en Werner y Zimmermann, *ob. cit.*, p 15.

²⁷ Sanjay Subrahmanyam, “Connected Histories: Notes towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia”, *Modern Asian Studies*, Vol. 31, No. 3, 1997, pp. 735-762.

²⁸ Sanjay Subrahmanyam, *ob.cit.*, p 748

Finalmente, uno de los aportes importantes de esta perspectiva es su atención a las condiciones materiales que posibilitan esas circulaciones culturales.

En estos últimos años, desde distintas universidades de Brasil se han producido investigaciones, que en el marco de los estudios de historia comparada, renovaron algunas concepciones sobre la cultura comunista en la región del Cono Sur. Desde ya que estos trabajos no proponen una comparación lineal sino que usan esa herramienta heurística para indagar las características específicas de los PPCC en la región. Los ya mencionados trabajos de Fabio da Silva Sousa, Carine Dalmás, Ângela Meirelles y Felipe Santos Deveza, son ejemplos de esta perspectiva renovadora y estimulante²⁹. En particular la investigación doctoral de Dalmás ha propuesto un análisis que, si bien se presenta como un estudio comparativo de los lineamientos culturales de los PC de Chile y Brasil, a la vez logra establecer una historia de conexiones en las trayectorias de integrantes de la cultura comunista del Cono Sur que participaron activamente en publicaciones periódicas y en organizaciones culturales vinculadas al comunismo en la región.

En consonancia, la investigación aquí planteada busca adoptar una mirada comparativa en sentido amplio, coincidiendo en la orientación hacia el estudio de las historias regionales; para ello el foco estará ubicado en las interconexiones, las circulaciones, los cruces y los fenómenos de interacción dinámica que generan efectos significativos. La atención prestada hasta aquí al marco geográfico se debe a que los problemas de investigación planteados a lo largo de la tesis doctoral tienen un recorrido que, a la vez, adoptó características nacionales y traspasó esas fronteras. La trama de vínculos, recorridos, agrupaciones, amistades y rivalidades, adquieren sentido al sortear las dificultades relativas a los campos culturales y políticos nacionales en los que se inscribieron. De este modo, el traspaso de la fronteras fue un recurso que dinamizó el accionar de estos sujetos de la cultura comunista, también en sus propios campos culturales nacionales.

²⁹ Fábio da Silva Souza “Dos e para operarios. Questões metodológicas de pesquisa em jornais comunistas (El Machete e A Classe Operária)” (2012), *Revista de História Comparada*, volumen 6, n° 2, Río de Janeiro; Carine Dalmás, “Os comunistas, a cultura e a política das Frentes Populares. Apontamentos sobre as concepções culturais do PCB e do Partido Comunista do Chile”, en Rodrigo Patto Sá Motta (et. al.), *Comunistas brasileiros. Cultura política e produção cultural*, Editora UFMG, Belo Horizonte, 2013; Felipe Santos Deveza, *O movimento comunista e as articularidades da América Latina: Um Estudo Comparado do México, do Brasil e do Peru (1919-1930)*, Tesis de doctorado Programa de Pós-Graduação em História Comparada da Universidade Federal do Rio de Janeiro, inédita, 2014.

En este sentido, vale agregar que se indagará un proceso de politización a través del análisis de los itinerarios de algunos artistas que formaron parte de una “zona” cultural comunista. Es decir, un espacio con publicaciones periódicas, editoriales, lugares para exposiciones, agrupaciones y proyectos gremiales destinados a los intelectuales y artistas; que ocupó un sitio en los campos culturales nacionales y, a través de múltiples circulaciones, alcanzó una dimensión regional, así como una proyección internacional asociada principalmente a la experiencia soviética pero también a las influencias francesas y norteamericanas, entre otras.

Uno de los objetivos de esta ponencia es indagar los debates que se produjeron en ese espacio cultural comunista sobre los modos de imbricar cultura y política y sobre las búsquedas de una eficacia política en el arte. Se analizan, por un lado, los modos en que funcionó ese espacio o zona cultural comunista en países no socialistas, en este caso de la región del Cono Sur; para ello se atiende a los mecanismos de posicionamiento, las instancias de consagración y competencias por recursos materiales y simbólicos, que a la vez interactuaron con las instancias y competencias externas ligadas a instituciones ajenas a cualquier filiación partidaria. Por otro lado, se atiende a figuras de artistas-intelectuales, principalmente de escritores y artistas plásticos, quienes en sus recorridos expresaron las dificultades de lograr, a través de sus obras, una acción política asociada al comunismo partidario. Se tendrá en cuenta que en esa zona comunista dentro de países o regiones no socialistas convivieron los afiliados partidarios con otra figura significativa: la del compañero de ruta, o no afiliado, que participó en las publicaciones periódicas y adhirió con su firma a las proclamas patrocinadas por el comunismo, pero por distintos motivos, en especial porque los PPCC se encontraban en la ilegalidad, se mantuvieron por fuera de la estructura partidaria.

A continuación se indagan diferentes aspectos de la pertenencia a esa zona cultural comunista: las demandas partidarias, las ayudas, las rivalidades, las búsquedas por establecer una organización gremial, las necesidades de interactuar con el resto del campo cultural e insertarse en él, las dificultades frente a la ilegalidad y los aprehensionamientos de comunistas. En definitiva, se analiza un modo específico de interacción entre lo intelectual, lo artístico y lo político, que, mediado por el comunismo partidario, fomentó en diversas figuras la necesidad de unificar la militancia política y la producción artística, ambas ligadas a una sensibilidad obrerista, antiguerrerista y antifascista.

El antiguerrerismo como instancia convocante de los intelectuales

Uno de los aspectos específicos de los intelectuales y artistas comunistas fue el problemático vínculo intelectual- obrero. Esa interacción puede analizarse en distintos episodios situados en escenarios del Conos Sur. Uno de ellos, fue el modo en que la Confederación Sindical Latino Americana, de Montevideo, a través de su órgano de prensa, *El trabajador Latino Americano*, incorporó a las figuras intelectuales. Como se analizó en profundidad en otro trabajo (tesis doctoral) en esa revista se delineó un perfil de “intelectual proletario” que se formuló en torno a la figura de José Carlos Mariátegui. A quien también se lo denominó “intelectual revolucionario”³⁰.

No obstante, más allá de la valoración positiva a Mariátegui se mantuvo una situación de relativa exterioridad de los intelectuales respecto de la clase y del partido que comenzó a transformarse en los primeros años de la década del treinta, cuando cobró fuerza el problema de la guerra, en especial ante el desencadenamiento de la Guerra del Chaco (1932-1935). Con el auge del tópico antiguerrero en el Cono Sur, la presencia y las menciones de los intelectuales y artistas se multiplicaron y consolidaron dentro de los ámbitos comunistas, incluidas sus publicaciones sindicales (siguiendo una tendencia europea, liderada al grupo de la AEAR francesa, Barbusse, Rolland, la revista *Comune* y el Congreso Antiguerrero de Ámsterdam, que a fines de cumplir con la extensión del trabajo no podemos incluir en esta ponencia).

A partir de la Guerra del Chaco y con la organización del “Congreso Antiguerrero Latino Americano”, los llamamientos antes restringidos a obreros y campesinos empezaron a incluir, primero en un plano secundario, a los “intelectuales antiimperialistas”³¹ y a los “intelectuales revolucionarios”³²; y luego, en el último número de la revista *El trabajador Latino Americano*, tomaron un espacio más destacado al publicarse a doble página un “Llamado de los intelectuales argentinos a los intelectuales Latino Americanos”, en el que se los invitaba a participar en el mencionado Congreso Antiguerrero a realizarse en Montevideo en 1933:

³⁰ José Carlos Mariátegui, “El problema del indio en el Perú”, *El trabajador Latino Americano*, n° 19, Agosto de 1929.

³¹ “¡A las masas obreras y campesinas! A los millones de indios y negros oprimidos; a los estudiantes e intelectuales antiimperialistas; al artesanado y a toda la laboriosa de Latino América. ¡Contra la guerra desatada por el imperialismo! ¡Por un grande Congreso anti-guerrero Latino Americano! ¡Movilicémonos! ¡Unamos nuestros esfuerzos!”, *El trabajador Latino Americano*, n° 51-52, noviembre de 1932, Montevideo.

³² “¡Obreros, campesinos, indios y negros, estudiantes, intelectuales revolucionarios: el 28 de febrero realizad grandes demostraciones en las calles, las fábricas, haciendas y minas en apoyo al Gran Congreso Continental Antiguerrero!”, *El trabajador Latino Americano*, n° 51-52, noviembre de 1932, Montevideo.

Dirigimos nuestro llamado caluroso a la intelectualidad progresista del continente, invitándola a colaborar de modo activo y orgánico [firmado por] Dra. NYDIA LAMARQUE (escritora), EMILIA BERTOLE (pintora), Dr. ANIBAL PONCE (escritor, director de la “Revista de filosofía”), AGUSTIN RIGANELLI (escultor), C. CORDOBA ITURBURU (escritor y periodista); Dr. NICETO T. LOIZAGA (profesor); ALVARO YUNQUE (escritor); WLADIMIRO ACOSTA (arquitecto y decorador); S. PONDAL RIOS (Buster Keaton, escritor); ELIAS CASTELNUOVO (escritor); RIZZO BARATTA (periodista); Dr. MAX SPANGEMBERG (médico); ROBERTO ARLT (escritor); FACIO HEBECQUER (pintor); ALEJANDRO SUX (periodista); HECTOR I. EANDI (escritor); Dr. JOSE KATZ (ex presidente de la Fed. Universitaria de La Plata); RODOLFO GHIOLDI (maestro); ENRIQUE GONZALEZ TUÑON (escritor); LEON KLIMOVSKY (crítico cinematográfico); LEONIDAS BARLETTA (escritor, director del Teatro del Pueblo) (...) Dr. EMILIO TROISE (médico y profesor); HECTOR AGOSTI (universitario) (...) Dr. JORGE THENON (médico) (...) PAULINO GONZALEZ ALBERDI (universitario) [siguen las firmas].³³

Esta convocatoria revela aspectos poco indagados sobre la relación del comunismo sudamericano con los intelectuales durante el denominado período “clase contra clase”. Por un lado, tanto Rodolfo Ghioldi como Paulino González Alberdi se autodefinieron como “intelectuales argentinos”, lo que lleva a cuestionar la hipótesis del simple rechazo antiintelectualista por parte de la dirigencia partidaria argentina. Por otro lado, el “llamamiento” pone en evidencia que la mayoría de los intelectuales argentinos, por lo general asociados sólo al período de “frente populares antifascistas”, ya participaban públicamente de espacios ligados al comunismo antes del VII Congreso de la IC de 1935 y lo hacían interpelados por una guerra sudamericana.

El tópico antiguerrero resultó, entonces, una llave que permitió que la intelectualidad se integrara como grupo al mundo comunista sudamericano. Con el inicio de la Guerra del Chaco, la presencia de artistas e intelectuales se sumó a la de las figuras y organizaciones sindicales y partidarias, cuya oposición a la guerra interimperialista había comenzado mucho antes³⁴. Cabe aclarar que no sólo los intelectuales argentinos adhirieron con su “llamamiento” colectivo; en 1933 también se publicó un “Manifiesto de los intelectuales uruguayos” en Buenos Aires en la revista

³³ “Llamado de los intelectuales argentino a todos los intelectuales de América Latina”, *El trabajador Latino Americano*, n° 53-54, enero febrero de 1933, Montevideo (mayúsculas en el original).

³⁴ En febrero de 1929, se convocó a una Conferencia Sindical Sud Americana Contra la Guerra, en la que participaron el Centro Obrero Regional de Paraguay, la Unión Obrera del Paraguay, la Confederación Boliviana del Trabajo, así como la Unión Sindical Argentina (USA) y delegaciones de Brasil. También en 1929, en el manifiesto de la CSLA una sus principales proclamas fue: “¡Contra los peligros de las guerras Latino Americanas provocadas por el imperialismo anglo-americano, en complicidad con las burguesías nacionales!”, en “Las sesiones de la Conferencia Sindical Anti-Guerrera”, *El trabajador Latino Americano*, n° 12-13-14, febrero-marzo, 1929.

*Actualidad*³⁵ y un “Manifiesto de adhesión de los intelectuales uruguayos” en ocasión del Congreso Antigüerrero Latinoamericano³⁶, luego del cual se formó la Confederación de Trabajadores Intelectuales del Uruguay (CTIU). Asimismo, a este Congreso adhirieron intelectuales chilenos, entre ellos, el poeta Pablo de Rokha, Gerardo Seguel, Marta Vergara y Enrique Mosella³⁷; y artistas e intelectuales brasileños, como Tarsila de Amaral.

La Guerra entre Bolivia y Paraguay también atrajo así la atención de escritores como Raúl González Tuñón, quien fue cronista de esos sucesos para el diario *Crítica*. Tuñón es sólo un ejemplo, si bien destacado, de un fenómeno de politización extendido entre intelectuales y artistas que se inició en ese entonces. Al igual que muchos otros, el poeta se vio interpelado por la caracterización realizada por el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista: la Guerra del Chaco era una guerra interimperialista, comparable a la guerra en Manchuria, China, y, como a otras guerras de este tipo, debía enfrentársela activamente. La escritora Nydia Lamarqué, detenida y procesada por el gobierno de Agustín Justo, presidió el Comité Nacional contra la Guerra de Argentina y afirmó:

Nuestra táctica debe consistir en grandes combates de masas, inmediatos, continuos, cotidianos, contra la guerra imperialista; y en la preparación de las masas explotadas para que en el momento decisivo apliquen la fórmula leninista: “convertir la guerra imperialista en guerra civil”.³⁸

El comité organizador del Congreso Antigüerrero Latino Americano estuvo conformado por la escritora Nydia Lamarqué, el escultor Bernabé Michelena, presidente del Comité Antigüerrero del Uruguay y el dirigente Miguel Contreras de la CSLA. En fecha cercana al Congreso, Aníbal Ponce comenzó a desempeñar un rol más activo como Presidente del Comité Organizador del Congreso. En una entrevista que le realizó Carlos Moog a Ponce para la revista *Actualidad* sobre la preparación del Congreso, aclaró su posición:

—¿Tiene el congreso un carácter amplio?

³⁵ “Frente al problema de la guerra. Manifiesto de los intelectuales uruguayos”, en revista *Actualidad Económica, política y social*, nº 12, Buenos Aires, febrero de 1933.

³⁶ “Manifiesto de adhesión de los intelectuales uruguayos”, *Boletín del Comité organizador del Congreso Anti-güerrero Latinoamericano*, Buenos Aires, primera quincena de marzo de 1933.

³⁷ “Chile frente al Congreso de Montevideo”, *El trabajador Latino Americano*, año 6, nº 53-54, enero-febrero, 1933, Montevideo.

³⁸ Nydia Lamarqué, “El congreso de Montevideo, segunda etapa de la lucha antigüerrera”, *Actualidad*, enero de 1933.

—Amplísimo! Queremos que sea la expresión de un movimiento auténtico de masas. Obreros, campesinos, escritores, estudiantes, artistas tienen todos su lugar (...) El Congreso viene, pues, en un momento oportunísimo.³⁹

El Congreso antiguerrero se posicionó como un espacio en el que convivieron diferentes posturas. Entre 1932 y 1934, surgieron, por una parte, propuestas para conformar organizaciones por oficio entre escritores y artistas plásticos, uniones de escritores, sindicatos de artistas, etcétera; y, por otra, los Congresos y frentes antiguerreros y antifascistas asociados también a la consigna de “frente único”. Así, fueron delineándose diferentes formas de concebir la participación de intelectuales y artistas que recorrieron la ambigüedad entre la intención de integración, en la que estos sectores se consideraban y organizaban como trabajadores, y la distancia o exterioridad, en la que se restringían a apoyar con sus firmas causas en común con el proletariado.

A modo de cierre

El caso de Congreso Antiguerrero Latino Americano permite introducir las dinámicas articuladoras de un espacio o zona cultural comunista en la región. A pesar de haber sido organizado siguiendo el formato del Congreso Antiguerrero de Ámsterdam, en la forma en que los actores locales se apropiaron de esos modelos europeos se encuentran claves específicas de las dinámicas regionales. Como se ha señalado, el estudio del espacio cultural comunista en la región pone en tensión diversos aspectos de una mirada que se enfoque exclusivamente en la “dominación” soviética y abre preguntas sobre el accionar de los actores locales, sus conflictos internos y sus modos de posicionarse e interactuar en los campos culturales que los contuvieron.

³⁹ Aníbal Ponce, “El congreso orientara hacia la acción organizada y efectiva, las protestas instintivas de las masas”, *Actualidad*, n° 12, febrero de 1933.